

EL EVANGELISTA

“YO HE SIDO PUESTO PARA LA DEFENSA DEL EVANGELIO”.—Filipenses 1:17.

AÑO XI.—NUM. 22.

SAN JUAN, PUERTO RICO.

MARZO 15 DE 1913.

Entered at second class matter Mayo 5 de 1909, at the Post Office San Juan, Puerto Rico.



Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras,
las cuales te pueden hacer sabio para la salva-
ción por medio de la fe en Jesucristo.

2ª Timoteo 3:15

EL EVANGELISTA

Organo quincenal de las Iglesias y de la misión
BAUTISTA DE PUERTO RICO
SAN JUAN.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN :

Un ejemplar, un año 0.50

DIRECTOR,

Rev. Juan R. Cepero.—Río Piedras

ADMINISTRADOR,

Rev. R. Vélez López.—Yauco.

COLABORADORES,

Los Misioneros y Hermanos de las Iglesias.

Toda la Correspondencia excepto la Administrativa,
diríjase a EL EVANGELISTA.

P. O. Box 32. Río Piedras, Puerto Rico.

Alfonso Quiñones

(Agosto 8 de 1884—Febrero 11 de 1913)

Esas fechas son los límites de una corta peregrinación por esta tierra henchida de flores y de abrojos, de risas y de lágrimas. Una nos recuerda la cuna con toda su alegría y toda su luz; la otra, la tumba con toda su tristeza y con toda su sombra.

El peregrino que se sumerge en el lago insondable de la muerte y se oculta tras el velo misterioso del infinito es... quién lo creyera... Alfonso Quiñones, el amado pastor de la Iglesia Bautista de Gurabo, aquella alma mansa como el espíritu del maestro y tierna como el amor de una madre.

Alfonso vivió una vida muy corta entre nosotros. No llegó siquiera a cumplir los 29 años. Muere cuando el hombre entra en el pleno goce de sus facultades intelectuales y de sus poderes físicos, como un sol que se eclipsa apenas llega a su cénit como una flor que se marchita en el esplendor de sus colores y en la plenitud de su perfume. Y él tenía algo de sol y de flor. La luz del

uno la llevaba en su cerebro; el perfume de la otra, en su corazón.

Y esa vida, que fué breve por su duración, ha sido y será grande por su carácter y por su influencia. Por eso lo hemos llorado con tan profunda pena y lo recordamos con tan legítimas satisfacci6n. ¿Podría acaso yo describirla con mi torpe pluma? Vidas como esta son indescriptibles. El escritor no ve más que la apariencia y algunos destellos del sol que alumbra las almas. Lo mejor, la belleza interna y profunda del espíritu se le escapa de la pluma como al quínico se le escapa de la retorta el aroma de la flor y el fulgor del diamante.

No obstante, señalaré a la ligera algunos de los caracteres más sobresalientes del inolvidable hermano recientemente fallecido, para que los que no tuvieron el dulce privilegio de conocerle personalmente, tenga al menos una vaga idea acerca de él.

1. La simpatía. Alfonso, aparentemente reservado, tenía un corazón suficientemente amplio para dar cabida a toda clase de hondos y puros afectos humanos. Como el maestro, poseyó el don de simpatizar lo mismo con las clases aristocráticas ^{que con} como las clases más bajas de la sociedad. Amaba al rico y al pobre, y ricos y pobres lo amaban a él. El lloraba con los que lloraban y gozaba con los que gozaban, practicando así la gran ley de la solidaridad humana formulada por Pablo en Romanos 12:15.

2. Espíritu de servicio. Al revés de muchos que desconocen el fin de la vida, Alfonso se regocijaba en servir. Acudía a todo llamamiento de socorro y corría a prestar su concurso donde se necesitaba. Era sumamente servicial. Por eso cuando el Señor le llamó a ser pescador de hombres, dejó, como Mateo y otros apóstoles, su productivo oficio, cambiando el vapor del tabaquero por

la plataforma del predicador; por eso cuando los obreros tenían una fiesta o una conferencia, allí, en la plaza pública, estaba Alfonso ilustrándoles y aconsejándoles; por eso cuando los maestros celebraban una fiesta patriótica, allí en la escuela, estaba Alfonso inculcando a los niños el patriotismo, el amor al estudio y la práctica de la virtud; por eso cuando alguien se enfermaba gravemente, él se hallaba al lado de su triste lecho orando por su salud y dispuesto a ayudarle con su dinero o su persona. Su pobreza y sus enfermedades no le impedían servir, y sirviendo murió.

3. Humildad. Pocas personas he tratado tan humildes como a Alfonso. Por cierto don excepcional como orador y por la popularidad que gozaba entre la clase rica de Cidra y el elemento obrero de todas partes, estuvo naturalmente tentado a jactarse, a pensar muy elevadamente de sí mismo. Pero ¿qué notamos en él? Un espíritu muy humilde, consultando a menudo con este hermano y el otro sobre los temas que se le encomendaban. Recibía la corrección con mansedumbre y la lección con gratitud.

4. Vocación de predicador. Era un orador por naturaleza. Había nacido para hablar en público como el pájaro nace para volar por el espacio. La gente no se cansaba de escucharle. Tal era el encanto que su elocuente palabra ejercía sobre el auditorio. Las palabras y las frases brotaban de sus labios como el raudal sale de la fuente.

La última vez que le escuchamos fué en Rio Piedras, la noche del 22 de enero. Ya se sentía enfermo, pero nosotros no lo sabíamos. Su texto fué Juan 7: 37, 38. En la plataforma contemplábamos un jóven que parecía tener poco más de 25 años, delgado y pálido. El auditorio no esperaba gran cosa de aquel predicador enfermizo. Este, por fin, se levantó, leyó el texto con voz clara y anunció el tema con voz firme. Comen-

zó su introducción de un modo sencillo, pero interesantísimo. Después trató los puntos principales de su discurso con tal maestría, que yo decía para mis adentros: «¡Parece increíble que este muchacho predique tan bien! Alfonso nació para ser orador, como otros nacen para ser poetas y pintores.» Con sus ademanes apropiados al acto, su voz clara, su palabra fácil, descripciones vivas, tono persuasivo, cautivó nuestra atención y conmovió nuestros corazones.

Los poetas dicen que el cisne, cuando va a morir, se retira a un lugar solitario y saluda a la muerte con el más dulce y bello de sus cantos. Esto es pura fantasía de poetas, pues los cisnes no saben cantar, pero es una leyenda bellamente expresiva. Seguramente que Alfonso no sabía que aquel era su último sermón. Y nosotros, sin saberlo ni presentirlo, asistimos al último canto del cisne moribundo. Bajó de la tribuna, fué efusivamente felicitado, marchó a la casa donde se hospedaba, se sintió gravemente enfermo, no volvió más al Instituto, y cayó en la cama para no levantarse más.

Sin embargo, este no fué su último sermón. Sus continuas oraciones durante su penosa enfermedad, en firme convicción de que aún quedaban muchas almas ignorantes a quienes tenía el deber de predicar el Evangelio, sus últimas palabras a su esposa el día que murió: «He triunfado; he triunfado» constituyen su último y más bello sermón.

Si sus palabras predicaron bellamente el mensaje del amor de Dios a los hombres, sus actos lo han hecho más elocuentemente aún.

Su vida como esposo, como padre, como amigo, como defensor de la clase obrera, como amante de su patria, como predicador del Evangelio, como pastor de varias iglesias, como creyente del Cristo, como siervo e hijo de Dios es un sermón cuyos ecos no se perderán en la región del silencio, sino que repercuti-

rán, día por día, en el angusto santuario de los corazones que creen, que aman, y que esperan.

Lloremos su muerte y bendigamos su vida.

Abelardo M. Díaz.

Caguas, Fbro. 25, 1913.

El servicio fúnebre

El servicio fúnebre fué una digna conclusión a la carrera de un buen hombre: un culto que, como la vida de Alfonso Quiñones, habló altamente en favor del evangelio. Los presentes, que no pertenecían al redil evangélico, no olvidarán aquel culto solemne, triste y lleno de confianza. Solemne, porque un compañero nos había dejado; triste, porque recordamos la esposa e hijos huérfanos; pero lleno de confianza por la esperanza que tenemos de volver a estar reunidos con el amado y el Señor.

El hermano Alfonso dejó de pertenecer a este mundo a la media noche del martes, 11 de Febrero de 1913. Su cadáver fué llevado al cementerio al amanecer el día miércoles, donde reposó en la caseta hasta las cinco de la tarde, hora ésta del entierro.

Reunidos la esposa, madre, hermanos y demás familiares, 2 amigos y 12 miembros de la iglesia de Gurabo, un número mayor de la familia cristiana de Caguas, con amigos, con varios pastores del distrito y representantes de la Misión, se dió principio al servicio a las 4, dirigiendo el Rev. Humphrey. Cantóse un himno favorito de Alfonso, el 4. Don Abelardo Díaz dió lectura al Salmo 116. Siguió Dr. Rudd en la oración. Los pastores presentes rindieron su tributo a la memoria de su ex-compañero. El Sr.

Munuel Díaz habló primero, diciendo que la amistad que existía entre él y Alfonso era íntima, aunque no le había conocido más que seis años, pero durante aquellos seis años le había conocido como un fiel cumplidor de su deber. Hizo uso de la palabra don Hipólito Cotto expresando la tristeza que sentía en perder una amistad que empezó siendo los dos muchachos y que había durado toda su vida. Un amigo fiel era el recuerdo que tenía el Sr. Cotto de su compañero. Siguió el Sr. don Juan de Gracia haciendo observaciones sobre la influencia del hermano Quiñones en el pueblo de la Cidra durante su pastorado allí. Era un orador por naturaleza, que ejercía gran influencia en el pueblo, teniendo amistad íntima con el Alcalde, Junta Escolar y Federación Libre. El Sr. Ramón Ramírez expresó sus gratos recuerdos de Alfonso como laico. Dió énfasis especialmente a lo dispuesto a predicar que estaba siempre el hermano Quiñones en los primeros años del Evangelio en Puerto Rico, cuando los puntos de predicación eran muchos y los trabajadores pocos. Después el Sr. Abelardo Díaz expresó su gratitud por haber gozado de la amistad íntima de su amigo querido. Se cantó el himno favorito de Alfonso, el 83. Habló don B rtole. Pocas palabras, pero un sermón de consuelo para los oyentes: palabras consoladoras para la querida viuda y madre, palabras de seguridad y esperanza para los hermanos y palabras de alerta para los que no creían. Siguió Mr. Humphrey dando una breve biografía del señor don Adolfo Quiñones y Clousen. Su testimonio personal de Alfonso lo expresó con la primera parte del versículo 24 de Actos 11. Cantamos otro himno y después se procedió al entierro.

Salimos con los corazones tristes,